

Hacia la integración de las antropologías

Colette Dugua Chatagner. Universidad Autónoma de Guerrero

El presente ensayo plantea algunas consideraciones teórico-prácticas acerca de la necesaria integración de la antropología socio-cultural con la antropología filosófica. Se basa en un estudio etnográfico sobre el papel de la cultura en el aprendizaje escolar, en el cual se integraron esas antropologías mediante una reflexión hermenéutica transdisciplinaria en torno a la conciencia, considerada por Ken Wilber como la dimensión más profunda de la cultura¹.

Este estudio aborda desde una perspectiva antropológica el problema de la no comprensión de los contenidos académicos en una escuela preparatoria (liceo) de Chilpancingo, capital del estado de Guerrero, una de las entidades federativas de México que se caracteriza por su identidad cultural particular gracias a la presencia de cuatro grupos étnicos originarios que representan alrededor del 12 % de su población. El resto es mayoritariamente mestizo pero profundamente marcado por la cultura de la tradición.

Mi hipótesis de trabajo fue que existe un conflicto entre la cultura de los estudiantes y la cultura académica y que, además, no existen puentes pedagógicos entre ambas culturas para facilitar el aprendizaje escolar. Y efectivamente, encontré en este contexto dos mundos ajenos uno al otro: el mundo real de la vida cotidiana de los estudiantes, simbiosis de cultura rural, urbana, de masas y juvenil, y la cultura académica de la escuela, teórica, científica, aislada del mundo real².

Como reflexión posterior a esta investigación, se desarrollan a continuación cuatro planteamientos que pueden parecer obvios pero que es necesario recordar con el objetivo de integrarlos y ver su aplicabilidad en el campo educativo que es el ámbito de mi práctica profesional: a) la antropología socio-cultural y la antropología filosófica son disciplinas interdependientes e indisociables; b) la orientación de los estudios antropológicos depende de la conceptualización del ser humano c) la conciencia es la dimensión más profunda de la cultura y debe ser objeto de estudio de parte de la antropología y d) Incluir la antropología en la educación permite rehumanizarla al explicitar el significado "culturizante" del acto educativo.

1. *La antropología socio-cultural y la antropología filosófica*

Desde la perspectiva de las disciplinas tradicionales, la antropología socio-cultural se centra en el análisis del discurso social y busca sus significados mediante el estudio de los diversos sistemas simbólicos que subyacen en las estructuras y conductas sociales y dan a la comunidad una identidad propia (mitos, ritos, religión, valores, lenguaje, principalmente)³. Por su parte, la antropología filosófica ofrece una definición del ser humano en términos de cultura mediante el estudio de sus obras (arte, ciencia, historia, lenguaje, principalmente)⁴. Sin embargo, la frontera entre ambas disciplinas no es clara,

¹ K. Wilber. *Los tres ojos del conocimiento. La búsqueda de un nuevo paradigma*. 3ª ed. Barcelona: Kairós, 1999; *Antología*. Barcelona: Kairós, 2001.

² C. Dugua. *La cultura en el aprendizaje escolar*. Tesis doctoral por publicarse. 2004.

³ C. Geertz. *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa, 1987.

⁴ E. Cassirer. *Antropología filosófica*. México: FCE, 1971.

más bien no es posible establecer una demarcación entre ellas porque son dialécticamente interdependientes.

Por ejemplo, la religión como sistema simbólico es a la vez una institución social que puede ser estudiada por la antropología socio-cultural pero ha de ser interpretada por la antropología filosófica como obra humana que da sentido a la existencia del hombre. Por lo tanto, el estudio del fenómeno religioso requiere de la integración de esas dos disciplinas. Lo mismo pasa con el lenguaje como producto cultural por excelencia que sirve, no solamente como medio de comunicación social sino también para significar el mundo en un nivel existencial, “*para dar orientación a un organismo que no puede vivir en un mundo que no puede comprender*”⁵.

El conjunto de los sistemas simbólicos y las obras humanas conforman lo que suele llamarse la cosmovisión y el *ethos* de un pueblo, los cuales orientan su pensamiento y norman su conducta. Pensamiento y acción son indisociables⁶. Por eso es que la antropología socio-cultural y la filosófica son igualmente complementarias e inseparables.

En la práctica, la antropología socio-cultural que estudia los fenómenos concretos ofrece a la antropología filosófica el mundo real para su interpretación y, por su parte, la antropología filosófica permite a la antropología socio-cultural llegar a comprender los diversos niveles de significación de la realidad humana, incluyendo “el sentido último” (V. Frankl), el “horizonte ineludible”⁷.

Todo hecho u objeto, al ser codificado por el lenguaje humano, se transforma en signo o concepto en el pensamiento, como su representación mental, abstracta, en un primer nivel de significación. Este signo pasa a ser símbolo al adquirir un nuevo significado subjetivo de parte del sujeto que piensa y elabora un discurso mediante esos conceptos interpretados, en un segundo nivel de abstracción y significación. Pero este discurso necesariamente tiene que ser congruente con las creencias, tradiciones, normas y conocimientos del sujeto, de tal manera que todo lenguaje contiene un tercer nivel de significación que es el ontológico, como expresión humana consciente, valorativa, significativa. En otros términos, la antropología socio-cultural, al estudiar al ser humano en sus más diversas manifestaciones, no puede eludir este nivel teleológico de significación del lenguaje humano que se objetiviza en sus obras.

Con una formación inicial de socióloga, descubrí en el estudio etnográfico mencionado esta necesaria imbricación de las dimensiones psicológica, social, cultural y filosófica (ontológica) de la realidad humana. Se reveló ante mí un complejo mundo subjetivo e intersubjetivo que daba un sentido particular al no menos complejo contexto social y cultural local, institucional y estatal. Mi acercamiento con los estudiantes y los maestros me permitió encontrar en su lenguaje, sus mitos, ritos y valores, su espiritualidad, su *ethos*, lo cual me llevó en una reflexión hermenéutica a plantear el problema del sentido para comprender la realidad encontrada. Es así como a partir de mi práctica investigativa, entendí la ineludible integración de las ciencias sociales, humanas y del espíritu.

2. *La antropología y la conceptualización del ser humano*

No soy filósofa, entonces no me atrevo a abrir el debate acerca de las teorías del hombre. Sin embargo, está claro que todas las ciencias sociales y humanas se fundamentan en una determinada conceptualización del ser humano. En el actual contexto

⁵ C. Geertz. *La interpretación de las culturas*. p. 128.

⁶ P. Ricoeur. *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. 3ª ed. México: S.XXI, 1999.

⁷ Ch. Taylor. *Fuentes del Yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós, 1996.

de la modernidad, el concepto casi hegemónico lo define como un ser social, emocional y material que puede ser estudiado objetivamente por la psicología, la sociología, la economía, el derecho, etc. Por su lado, las humanidades y la filosofía han sido relegadas en un segundo plano, por atender éstas la parte subjetiva del ser humano, problemática para la ciencia positiva. La filosofía quedó marginada y fue sustituida por la epistemología como ciencia del conocimiento, reduciendo así los problemas esenciales y existenciales del ser humano a problemas del conocimiento, provocando lo que Heidegger llamó “la pérdida del ser”.

A su vez, la antropología, influenciada por el positivismo, se dividió en disciplinas, fraccionando al ser humano hasta perder de vista lo propiamente humano. Al separar ciencia y cultura, llegó hasta olvidar que el ser humano es esencialmente un ser cultural que necesita dar sentido a lo que es y hace.

Hoy, la antropología debe articular e integrar las ciencias sociales y del espíritu, pasando de la interdisciplina a la transdisciplina para abordar, como lo sugiere Ken Wilber, el estudio del ser humano en toda su complejidad, como cuerpo, mente y espíritu, reconociendo la conciencia como la expresión más profunda de la cultura humana⁸.

Esta perspectiva holista permite resolver el problema de la fragmentación de la realidad humana de parte de la ciencia positiva. En el ámbito educativo, la gran mayoría de los pedagogos, bajo la influencia de la hoy en boga teoría interaccionista y constructivista del conocimiento, dan por obvia la dimensión social del pensamiento y del aprendizaje pero ignoran su dimensión ontológica. Incluir la antropología en el pensamiento pedagógico permite recuperar esta dimensión perdida y abre la posibilidad de enseñar una ciencia con sentido humano (social, cultural y filosófico). En términos pedagógicos, conduce a establecer puentes entre la cultura de los estudiantes y la cultura académica, integrando las dimensiones subjetiva y objetiva del proceso de aprendizaje.

En mi investigación, me encontré con personas (alumnos y maestros) con un profundo sentido de pertenencia a “su” mundo, desde una cosmovisión mágico-religiosa. Conocí a jóvenes de origen rural que llegaban a la ciudad para estudiar en la Universidad impregnados de su fe en Dios, de sus creencias, repitiendo ritos milenarios con cohetes, danzas y ferias y defendiendo con mucha convicción los valores heredados de la familia y la comunidad como son el respeto, la responsabilidad, el trabajo y la fe. Encontré también en ellos una gran capacidad de adaptación a la cultura urbana, en menor grado a la cultura de masas, y cierto escepticismo (por no decir rechazo) frente a la cultura académica, abstracta y principalmente científica, basada en una racionalidad objetiva.

Desde mi punto de vista, los resultados de este estudio etnográfico indican la necesidad de inventar una pedagogía que permita construir conocimientos con sentido sobre la base de la realidad cultural de los alumnos. La sociedad moderna, después de haber privilegiado el saber, necesita recuperar el ser, es decir, el significado, el espíritu como cualidad a la vez immanente y trascendente del ser humano, como sinónimo de la conciencia de sí mismo y del mundo. Filósofos y antropólogos han de participar en los debates sobre la educación, la cultura, el desarrollo y la sustentabilidad, sobre la base de este concepto integrador del ser humano para encarar el desafío de la integración del conocimiento.

⁸ K. Wilber. *Antología*, pp. 20-5.

3. *La conciencia como dimensión más profunda de la cultura*

La reflexión hermenéutica que siguió de mi observación etnográfica me llevó a plantear el problema del conocimiento y a establecer relaciones significativas entre aprendizaje y conocimiento, entre conocimiento y pensamiento, entre pensamiento y conciencia, entre ciencia, cultura y espiritualidad, precisamente porque estas relaciones aparecen de una u otra forma en mi descripción etnográfica. Los alumnos y en menor grado los maestros, enseñan y aprenden desde su propia cultura; tienen mucha dificultad para asimilar la cultura científica, objetiva, "racional". Ellos tienen otra racionalidad y, como lo señalan Berger y Luckmann, construyen su conocimiento sobre la base de su subjetividad y su aprendizaje, lejos de ser significativo, es generalmente mecánico⁹. Como docente, tuve que preguntarme: ¿cómo repensar la educación desde la cultura?, ¿qué pedagogía permitiría establecer puentes entre la cultura popular y la cultura académica? A continuación, resumo mi reflexión, partiendo del concepto de aprendizaje para llegar al de la conciencia.

El aprendizaje es tan inherente al ser humano como el pensamiento, la conciencia y el lenguaje; es una de sus actividades más significativas porque le permite conocer, es decir aprehender, interpretar y comprender el mundo, el mundo exterior y su mundo interior. El aprendizaje conduce entonces al conocimiento y al autoconocimiento. No es un proceso acumulativo sino constructivo, discursivo y dialéctico porque permite reformular permanentemente la visión y la relación del individuo con el mundo. No es mecánico sino dinámico y reflexivo porque es una actividad mental consciente. Es hermenéutico porque es reflexión y comprensión del mundo. Es también un proceso trascendental porque va en busca del significado y su producto es el conocimiento, el cual resulta estar íntimamente ligado al pensamiento.

Mientras que el conocimiento es el conjunto de saberes del mundo, el pensamiento es la capacidad de la mente de elaborar y procesar el conocimiento a través de conceptos; es razón, reflexión, creatividad, meditación, intuición. John Dewey define el pensamiento como "*corriente de la conciencia*", movimiento sostenido, fluido, automático, dirigido hacia un fin¹⁰. Desde una perspectiva constructivista, el conocimiento puede ser considerado como la herramienta del pensamiento autónomo y crítico, pero desde una perspectiva integral, el conocer es una experiencia personal, intransferible, que puede equipararse con el movimiento hermenéutico del pensamiento.

Si aceptamos que el conocimiento es a la vez la herramienta fundamental del pensamiento y una experiencia personal interior, si reconocemos que el fin de la educación es el desarrollo del pensamiento autónomo y crítico para un desarrollo humano completo, entonces estamos recuperando la dimensión cultural, subjetiva, propiamente humana de la educación. Estamos así rehumanizando nuestra labor educativa, redescubriendo su sentido profundo.

Desde esta perspectiva antropológica filosófica, se supera la dicotomía entre ciencia y cultura y se revalora la subjetividad y el sentido común. En términos pedagógicos, este planteamiento conduce a redefinir el proceso de aprendizaje a partir de la cultura de los alumnos. Se pasa así del paradigma de la transmisión del conocimiento al del desarrollo de todas las capacidades del que aprende a partir de sus propios talentos y representaciones.

⁹ P. Berger y T. Luckmann. *La construcción social de la realidad*. 16ª reimpression. Buenos Aires: Amorrortu, 1999.

¹⁰ J. Dewey. *Cómo pensamos*. Barcelona: Paidós, 1989.

La capacidad de aprender es una capacidad propiamente humana que está ligada a la conciencia, dentro de un contexto cultural y experiencial determinado¹¹. Es lo que la antropología tiene que explicitar: aprender no es solamente desarrollar capacidades cognitivas sino que también debe abarcar el desarrollo físico, social, emocional, estético y espiritual de la persona en su contexto, lo que significa que la realidad no es solamente un conjunto de fenómenos que hay que conocer y explicar, sino que también es una red de relaciones significativas necesariamente interpretadas por el que aprende. Así es que un aprendizaje significativo articula el desarrollo de una mente científica al mismo tiempo que la indagación del yo y de su relación con su mundo y con el mundo, lo que permite relacionar ciencia y conciencia, conocimiento y sentido¹².

En este marco conceptual holista, espíritu y conciencia resultan sinónimos. El espíritu es la conciencia de sí mismo, es la cualidad que integra y trasciende la mente y nos hace genuinamente humanos. Es la capacidad de pensarse a sí mismo, de pensar el mundo, de crearlo, recrearlo y transformarlo, al mismo tiempo que nos autotransformamos conscientemente como especie, mediante el conocimiento.

En mi trabajo, encontré esta red de relaciones significativas de las personas con su entorno natural y social, con su código ético definido y asumido en lo personal, en las relaciones familiares y comunitarias donde prevalecen el respeto mutuo, la solidaridad y el afecto, la fe en Dios y el amor a la naturaleza, dando así sentido a su existencia. Esta conciencia del ser en el mundo se niega en la escuela donde el individualismo, la competencia, la indiferencia, el pragmatismo, la objetividad del conocimiento son los valores que rigen las conductas y el aprendizaje.

4. La antropología en la educación

La tendencia en el campo educativo de otorgar cada vez mayor importancia a los estudios culturales revela la pertinencia de la perspectiva antropológica. Permite recuperar al ser humano en situación de aprendizaje y redefinir los fines de la educación. La UNESCO bajo la pluma de Jacques Delors la definió en el marco del desarrollo humano, incluyendo las dimensiones ética, cultural y ecológica para rebasar el plano meramente cognoscitivo y contemplar la realización de la persona “*en toda su plenitud*”¹³.

Esta reconceptualización de la educación implica que la escuela ya no se limite a producir y reproducir el conocimiento científico, sino que reconozca cómo válidas y pertinentes todas las formas de conocimiento, el conocimiento de sentido común, el conocimiento práctico, el conocimiento ligado a la tradición o cultura particular de los educandos, así como el conocimiento intuitivo.

Así se adopta la perspectiva integradora de Ken Wilber que plantea tres formas (“*tres ojos*”) de conocimiento: el conocimiento empírico, concreto, producto de la experiencia sensorial; el conocimiento abstracto, mental, que incluye y trasciende los sentidos; y el conocimiento intuitivo, profundo, como experiencia directa que integra y trasciende a las otras dos formas en la intuición trascendente de la realidad¹⁴. Actualmente, la escuela desarrolla casi exclusivamente el intelecto, tiene que recuperar las habilidades de los sentidos que conectan directamente con el entorno, el mundo real, concreto, particular, y el de la meditación, del autoconocimiento, de la autoconciencia, de la conciencia ontológica del mundo, dando así un sentido humano al conocimiento.

¹¹ R. Gallegos. Educación holista. Pedagogía del amor universal. México: Pax, 1999. p. 83.

¹² R. Gallegos. Educación holista. pp. 105-16.

¹³ J. Delors. *La educación encierra un tesoro*. UNESCO, 1996. p. 91.

¹⁴ K. Wilber. *Los tres ojos del conocimiento*.

Desarrollar esos tres niveles de conocimiento sólo es posible mediante una pedagogía integral, abierta, que no solamente reconozca la pluralidad de capacidades y marcos culturales entre los alumnos sino también su espiritualidad como parte de su cultura, entendida ésta como capacidad propiamente humana ligada a la conciencia, que los hace capaces de aprender, de comprender su mundo, de conocer el mundo, de darle sentido y de transformarlo.

Sobre la base de este paradigma integrador del conocimiento, se llega a construir un nuevo modelo educativo donde *“conocer y ser están íntimamente ligados: el conocimiento es creado por la inteligencia que es una experiencia interior: la experiencia del ser”*¹⁵. Desde esta perspectiva, se amplían los fines de la educación, se rehabilita la dimensión subjetiva de la persona y sus facultades espirituales y morales, su intuición, sus referentes culturales, su propia psicología, así como sus destrezas e intereses particulares.

Se conduce así a una educación abierta, con una finalidad cultural más que técnica, humana más que meramente científica, significativa al mismo tiempo que práctica mediante una pedagogía reflexiva, basada en la pregunta, en la investigación, en la *“indagación dialógica”*¹⁶ para construir un conocimiento ligado a la comprensión y por consiguiente al marco cultural y social del que aprende. Se trata entonces de un aprendizaje que incluye sentimientos, actitudes, valores y creencias, todo ello reformulado en un movimiento permanente de búsqueda de sentido.

En otros términos, se trata de transformar el aprendizaje, no solamente en un proceso de construcción del conocimiento, sino también en un proceso hermenéutico, en busca de significados. Esta actitud indagatoria implica un papel activo de parte del que aprende, porque ya no basta con “aprender” sino “comprender” para poder explicar y aplicar. Nuevamente, encontramos la relación íntima entre el saber y el ser, entre la dimensión objetiva del conocimiento y la parte subjetiva, interpretativa, que le da sentido en un contexto particular. A propósito, María García Amilburu recuerda que *“todo proceso de conocimiento es interpretativo”* y que *“la interpretación es una categoría y una necesidad ontológica, porque imprimir un sentido a la vida es la condición primaria de la existencia humana”*¹⁷.

Estas reflexiones indican que la antropología sustenta, implícita o explícitamente, cualquier modelo educativo y pedagógico, permite orientar la tarea educativa en contextos particulares y darle sentido humano. Al haber integrado antropología socio-cultural y antropología filosófica en mi investigación, llegué a elaborar la siguiente tesis, poniendo en el centro de mi propuesta pedagógica al ser humano concreto (en su contexto particular) y completo (como cuerpo, mente y espíritu), en busca de significados. Se perfila así una pedagogía hermenéutica que parte de los contextos socio-culturales concretos para construir conocimientos con sentido.

En resumen, el estudio referido me permitió elaborar la siguiente tesis: 1) el actual modelo educativo excluye la cultura del alumno; 2) la cultura académica no se opone a la cultura popular. Son culturas diferentes, pero interdependientes y complementarias; 3) el conocimiento se construye sobre la base de la realidad subjetiva del individuo; 4) El conocimiento científico es una forma más de conocimiento; el conocimiento de sentido común está basado en una racionalidad sensible, social y práctica, válida y necesaria; 5) el conocer no debe ser un fin sino un medio para un pensamiento autónomo y el despertar de la conciencia; 6) el aprendizaje es un proceso complejo en el

¹⁵ R. Gallegos. Educación holista. p. 92.

¹⁶ G. Wells. Indagación dialógica. Hacia una teoría y una práctica socioculturales de la educación. Barcelona: Paidós, 2001.

¹⁷ M. García Amilburu. La educación, actividad interpretativa. Hermenéutica y filosofía de la educación. Madrid: Dykinson, 2002. pp. 136-7.

cual está necesariamente presente la cultura (la tradición); por lo tanto, la pedagogía debe ser intercultural, centrada en la persona que aprende, hermenéutica, dando un lugar central al lenguaje, a las preguntas, al diálogo y a la investigación), integral (aprender a aprender, a hacer, a vivir juntos, a ser), abierta, flexible y contextualizada, humana y concientizadora; 7) se necesitan profesores con sensibilidad humana y responsabilidad ética.

En este caso en particular, se trata de recuperar el México Profundo que se manifiesta en mi trabajo. Esta necesidad de reconocer las culturas propias es válida no solamente para México y América Latina, sino también para la mayoría de los países del mundo. La antropología debe defender la pluralidad cultural, fuera y dentro de la escuela.

Por otra parte, incluir la cultura en el aula significa recuperar la perspectiva humanística de la educación, desacreditada por el actual modelo educativo. Implica relacionar el saber con el ser, reorientar los modelos educativos hacia el sentido último del conocimiento, de la ciencia y sus aplicaciones. Tal reorientación pasa necesariamente por el despertar de las conciencias.

Efectivamente, mi experiencia me lleva a la conclusión de que es necesario plantear un cambio en las conciencias de los educadores y educandos para, primero, valorar su propia cultura; segundo, valorar la cultura de la modernidad en la cual se inscribe la cultura académica para poder integrar las culturas presentes en un contexto dado (en este caso, en el aula), respetando la diversidad cultural del país o de la región. Esta integración es posible solamente desde una conciencia integradora.

Colette Dugua Chatagner
Universidad Autónoma de Guerrero
Avda. Javier Méndez Aponte s/n
Chipalcingo, Guerrero.
39070 México